



Corrupción Cardenal

El 20 de Junio, acusaciones de que el Cardenal retirado Theodore McCarrick de Washington, DC, abusó sexualmente a un niño de 16 años en 1971 fueron consideradas “creíbles y fundamentadas” por un panel de investigación de New York facultado por el Papa Francisco. En una rápida sucesión el papa removió al cardenal del ministerio, lo sentenció a la reclusión penitencial, y aceptó su renuncia del cardenalato. A medida de que víctimas adicionales se presentaron, quedó claro que los incidentes de hace mucho tiempo en New York fueron solo la punta del iceberg de engaño en un mar muy oscuro. Un submundo de explotación salió a la superficie, sin precedentes en su naturaleza, extensión y duración.

Asombrosamente, el prelado de New Jersey hizo sus deseos depredadores aparentes a sus asociados por décadas, tejiendo astutamente a sus seminaristas y sacerdotes en una amplia red de complicidad. A su casa en la playa con frecuencia invitaba a un grupo de seminaristas para pasar la noche—pero siempre uno demás para las camas disponibles. Se corrió la voz entre sus futuros sacerdotes que su obispo haría que uno de ellos durmiera con él en la suya.

El Padre John De Celles ha descrito la gran carga que este extraño comportamiento tuvo en la moral del clero: “Yo apenas conocía al Obispo McCarrick, pero desde que ingresé al seminario, yo y la mayoría de mis amigos clericales conocíamos las acusaciones en contra

de él. No había evidencia—la mayoría de sus víctimas tenían demasiado miedo de hacerlo público, y los que lo hicieron fueron ignorados. Así que nada se podía hacer: no se puede acusar a alguien públicamente de rumores. Pero el asunto es que—todos lo sabían”.

Sacerdotes como el Padre De Celles vio “con incredulidad” mientras el Obispo de Metuchen (desde 1982) fue promovido a Arzobispo de New York en 1986 y a Cardenal Arzobispo de Washington en el 2000. Aún después de su retiro en el 2006 el camino ascendente del cardenal continuó sin impedimentos ya que se convirtió en un influyente consejero del Papa Francisco.

Ahora se sabe que el alcance de McCarrick se extendió más allá de los sacerdotes y seminaristas. En 1969, el entonces Padre McCarrick de 39 años de edad se expuso a “James”, un niño de 11 años de edad, a quien había bautizado tan solo dos semanas después de su ordenación sacerdotal en 1958. El abuso continuó por 20 años en cuartos de hotel a través del país. “Él me había escogido a mí para ser su niño especial”, James contó este verano. “Si vas de regreso a tu familia, ellos me dicen que es bueno que estés con él. Y si intento decirle a alguien [como James intentó decirle a su padre], ellos dicen, ‘creo que está equivocado’. Así que . . . te callas y te quedas dentro de tu pequeña caja de zapatos y no sales durante 40 años”.

La reportera Julia Duin trató de hacer que las víctimas como James salieran y hablaran, pero ella “se topó con . . . bloqueos en todas partes”. Ella encontró “sacerdotes y laicos por igual para quienes las predilecciones de McCarrick eran un secreto a voces, pero nadie quería ir

tras él". Muchos otros periodistas dicen lo mismo.

A medida que la enormidad de la corrupción de McCarrick causa impresión, pregunta tras pregunta surge sobre cómo nosotros los obispos actuamos consciente e inconscientemente con este asalto diabólico en nuestra integridad apostólica. ¿De qué manera Theodore McCarrick escaló sin esfuerzo la escalera de la promoción cuando "todos lo sabían" de sus descarados trajes homosexuales? ¿Quién protegió y promovió al creador de escándalos? ¿A quién protegió y promovió a cambio?

Si podemos restaurar nuestra credibilidad destrozada como un cuerpo de obispos, debemos inmediatamente buscar la respuesta a estas preguntas y sacar de raíz la corrupción de McCarrick. Para hacer eso, necesitamos saber con urgencia qué tan amplios y profundos son.

En colaboración con el Papa Francisco debemos asignar una comisión independiente de hombres y mujeres laicos de impecable reputación y experiencia significativa de investigación para rastrear la verdad donde sea que lleve. Con el poder de obtener testimonio de obispos y documentos de cancillerías, la comisión haría un reporte público de sus hallazgos y recomendaciones al cuerpo de obispos. Podemos esperar que los miembros de la comisión pongan en nuestras manos un confiable antídoto contra la corrupción episcopal. Si administramos bien la medicina, nuestros laicos y nuestro clero tendrían razones para estar seguros de que estamos decididos a disuadir.